

**Complutum**

ISSN: 1131-6993

<http://dx.doi.org/10.5209/CMPL.62392>


 EDICIONES  
COMPLUTENSE

## Necrológica

 Víctor M. Fernández Martínez<sup>1</sup>


Manuel Pellicer Catalán (1926-2018)

El profesor Pellicer, natural de Caspe (Zaragoza), se graduó en Filosofía y Letras por la universidad de Zaragoza en 1953, estudios que completó con el profesor Giot en la Universidad de Rennes y en los cursos de la universidad de Barcelona en Ampurias. Cursó varias diplomaturas especializadas en Bolonia, Milán y Roma, y completó su tesis doctoral sobre la cerámica ibérica del Ebro, dirigida por Antonio Beltrán, en 1960. En este período inicial de su carrera, durante la década de 1960, fue también becario de instituciones españolas (varios centros del CSIC, Escuela Española de Arqueología en Roma) y extranjeras (Goethe Institut) y trabajó en el Instituto Central de Restauración de Obras de Arte (que derivó en el actual Instituto del Patrimonio Histórico de España) y el Museo Arqueológico Nacional.

Como docente, desempeñó diferentes puestos en las universidades de Zaragoza, Granada y Madrid, y entre 1968 y 1974 fue primero profesor agregado y luego catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática en la universidad de La Laguna, pasando en ese último año a ser catedrático de la universidad de Sevilla donde permanecería hasta su jubilación en 1992.

En una exhaustiva relación recopilada por Oswaldo Arteaga hace años (*Spal* 10, 2001), se listan las 13 tesis doctorales dirigidas por el profesor Pellicer, muchas de ellas realizadas por quienes no tardaron en hacerse un gran nombre en la arqueología española. Vemos también la variedad de temas de investigación donde dejó su impronta, desde toda la secuencia prehistórica peninsular, del Neolítico a las culturas ibéricas, con especial hincapié en el valle del Ebro y el SE peninsular, a la prehistoria canaria y sus fecundas incursiones en la arqueología africana representada por el arte rupestre y las culturas pre-islámicas saharianas y sus excavaciones en grandes necrópolis meroíticas y post-meroíticas del valle del Nilo en Nubia.

Pellicer representó en su momento una rara combinación entre unos enfoques teóricos y metodológicos avanzados y una intensa actividad de campo, dirigiendo y participando en excavaciones en la Península, Canarias y África, hasta el total de 23 yacimientos que aparecen listados en la referencia antes citada. Mencionando solo los más conocidos, tenemos las cuevas neolíticas de La Carigüela y de Nerja,

<sup>1</sup> Dpto. Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología, UCM

los sitios calcolíticos de Cerro del Greal, Marroquíes Altos y Almizaraque, los orientalizantes de Almuñécar, Cerro de San Cristóbal, Cerro Macareno y Carmona, los ibéricos del Cerro del Real y Cerro Macareno, las ciudades romanas de Baelo, Carteia, Italica y Gabii (Italia), las necrópolis nubias de Nag Sayeg y Nag el Arab, los yacimientos norteafricanos y saharianos de Kerkouan y El Farsia, y la cueva de la Arena y la fortaleza de Chipude en Canarias.

Respecto de la prehistoria peninsular, Pellicer se encargó de excavar yacimientos del SE que gracias a su intervención se convirtieron en claves para entender el pasado de esa gran región. Cuando empezó a trabajar a comienzos de los años 1960, la explicación predominante era todavía la difusionista y cada cultura, cada tipo cerámico, etc. se identificaba sencillamente con un pueblo diferente que había llegado a la zona y reemplazado al anterior. Aplicando el método estratigráfico en excavaciones meticulosas y bien controladas, Pellicer descubrió y nos mostró (y esto es quizás lo más importante, porque se esforzó en publicar todos los resultados lo antes posible) la forma en que iban evolucionando unas culturas en otras a lo largo del tiempo, sin necesidad de recurrir continuamente a influencias externas.

Así, dejó clara por primera vez la sucesión cultural del Neolítico andaluz y su transición al Calcolítico tras sus excavaciones en Carigüela y Nerja (1959-1960). La transición Calcolítico-Campaniforme-Argar fue expuesta a partir de los datos de Almizaraque (1960-1961) y Cerro de la Virgen de Orce (en colaboración con Wilhelm Schüle, 1963), y la facies del Bronce Final en Cerro del Real (también con Schüle, 1962-1963). Para la época fenicia, tenemos sus datos de las excavaciones de la necrópolis de Laurita en Almuñécar y Toscanos (en colaboración con Hermanfrid Schubart, 1963-1964). Las secuencias estratigráficas que registró en el Cerro Macareno y Carmona (Sevilla) sirvieron para establecer los cambios en las culturas locales orientalizantes y la gran importancia que tuvieron las colonias fenicias en esa evolución. Sobre la época romana, mostró que la ciudad de Itálica se había desarrollado a partir de un asentamiento previo turdetano, desmintiendo la teoría clásica de Apieno que afirmaba ser una fundación romana de época de Escipión.

No contento con su intensa actividad entre nosotros, se postuló para participar en las campañas de salvamento de Nubia auspiciadas por la UNESCO a comienzos de los sesenta, to-

mando parte en dos duras y largas excavaciones en territorio sudanés, en 1963 y 1965. En ese momento, los arqueólogos españoles iban a excavar en una región y unas culturas en las que nunca antes habían participado, pues ni la egiptología ni mucho menos su hermana menor, la nubilogía, existían en nuestras universidades. Martín Almagro Basch, director general de la misión española, tenía algo de experiencia general en la zona, pero por su intensa labor en España apenas estuvo presente en los trabajos de campo, delegando en un profesor de instituto, Rafael Blanco, que había publicado algunos artículos sobre Egipto pero que no tenía la formación necesaria. Visto desde la actualidad, fue una verdadera suerte que Almagro enviara enseguida a Nubia a dos investigadores de gran seriedad, que rápidamente se pusieron al día en la arqueología de la zona, Francisco Presedo y Manuel Pellicer. Todavía hoy sorprende leer las memorias de Pellicer sobre las necrópolis meroíticas que excavó, de calidad claramente mejor que el resto de memorias, y de un nivel muy alto para la época en que fueron escritas, nada más terminar los trabajos de campo. Que el profesor Pellicer guardó un buen recuerdo de aquellas campañas (algo fácil de entender para cualquiera que haya estado allí) lo muestra que conservará toda la documentación de la época y haya publicado hace pocos años una memoria personal de aquellas excavaciones.

La “mano” que tenía Pellicer para redirigir la investigación en el sentido más moderno y para abordar cualquier campo se mostró otra vez durante los años en que fue profesor en La Laguna. Por diversas causas cuya complicación impide resumir aquí, la prehistoria canaria se veía desde el comienzo de su indagación como una proyección directa de la europea, forzando los paralelos hasta extremos que hoy resultan casi cómicos (la causa era clara como el agua: hacer a las islas más europeas y menos africanas). En un simposio celebrado en Canarias en 1969 sobre el Hombre de Cro-magnon los prehistoriadores franceses dejaron claro que las culturas isleñas eran típicamente norte-africanas, pero ya ese mismo año Pellicer había empezado a excavar en la Cueva de la Arena de Barranco Hondo (Tenerife) y publicó poco después con Pilar Acosta las primeras pruebas empíricas que demostraban ese hecho con sus cronologías correspondientes. También desde Canarias, Pellicer realizó varias campañas en el Sahara Español, contribuyendo a establecer

la periodización del abundante arte rupestre y de los túmulos pre-islámicos del desierto.

Personalmente, tuve muy poco contacto con el profesor Pellicer, aunque siempre escuché muy buenas opiniones sobre él, tanto en su faceta científica como personal. A finales de los ochenta coincidí con él en un tribunal de oposiciones, donde actuó con seriedad y rigor ejemplares, y ello a pesar de una indisposición que le impidió seguir hasta el final de las pruebas. No pude evitar hablarle de mi experiencia nubia y de cómo había valorado grandemente su trabajo en el Nilo casi veinte años anterior

al mío. Recuerdo su respuesta, humilde pero firme, toda una ejemplar declaración de honestidad intelectual: cuando acababa la dura campaña de campo todos los españoles estaban muy cansados y deseando volver a casa, pero él se quedaba en El Cairo varios días para consultar las publicaciones extranjeras sobre Nubia que no estaban en Madrid. Entonces entendí la razón de aquella mejor calidad suya, y aprendí de nuevo que casi siempre es simplemente un esfuerzo supletorio el que se necesita para hacer las cosas bien. Que el recuerdo de su honestidad perdure entre nosotros.